

## **¿Esta vez sí? El tan postergado acuerdo nuclear entre el G5+1 e Irán**

Mildred Rooney

### **1. Introducción**

El próximo 30 de junio se tiene previsto que el G5+1 (conformado por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, China y Rusia, además de Alemania) y la República Islámica de Irán, arriben —finalmente— a la suscripción de un acuerdo nuclear.

Según los parámetros preliminares fijados en abril, el país persa se comprometería a reducir las 2/3 partes de sus centrifugadoras (solamente las 5,060 de la planta de Natanz podrían enriquecer uranio durante diez años); extender el tiempo que demoraría la adquisición de un arma nuclear por diez años; no construir nuevas instalaciones para el enriquecimiento, ni reactores de agua pesada; no enriquecer uranio por encima del 3.67%; y, disminuir su stock actual de 10,000kg de uranio enriquecido a 300kg por quince años. Una vez cumplidas estas disposiciones, las sanciones de Occidente, así como las resoluciones emitidas por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (CSNU) sobre el programa nuclear iraní, serían levantadas.

### **2. Las oportunidades pasadas por alto**

La historicidad de este proceso de negociación iniciado en noviembre de 2013, yace tanto en la importancia del tema nuclear para la seguridad internacional, como en la identidad de dos de los actores involucrados, Estados Unidos e Irán. Los antecedentes de este acercamiento se remontan a 2005 cuando la Administración de George W. Bush dejó sin respuesta la oferta europea de sumarse a las conversaciones para pactar con Irán, y este a su vez, abandonó el diálogo con Francia, Reino Unido y Alemania. Otra oportunidad desatendida fue la llamada Declaración de Teherán que en 2010, Brasil y Turquía remitieron al gobierno de Obama. Esta iniciativa proponía el envío de uranio enriquecido a Turquía a cambio de combustible procesado para el reactor de investigaciones iraní.

Ambas ocasiones fueron intentos fallidos. Irán continuó potencializando su programa nuclear, construyendo plantas y expandiendo su capacidad de enriquecer uranio. Las reacciones de Occidente, por su parte, continuaron siendo las mismas: inspecciones de la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA) autorizadas por el CSNU y sanciones económicas. Un ejemplo del impacto inverso de estas medidas, es el incremento de las centrifugadoras iraníes (de 200 a 20,000) y el enriquecimiento de uranio al 20% por decisión del entonces presidente Ahmadineyad, en respuesta a las sanciones impuestas por el CSNU en 2006.

### **3. ¿Por qué ahora sí están negociando?**

En efecto, las estrategias seguidas por Irán y las potencias occidentales no produjeron los resultados esperados. Ni Irán dejó de constituir una “amenaza” de escala mundial para Estados Unidos y sus socios europeos (además de Israel y sus vecinos suníes), ni la tradicional resistencia del país islámico ha sido exitosa. Todo lo contrario, las sanciones económicas también han afectado al G5+1, puesto que éstas han prohibido las exportaciones destinadas al mercado iraní. De modo que, la reciente confluencia de voluntades que ha viabilizado cuanto menos concebir la idea de un pacto, se explica a

partir de la variación operada en las estrategias estadounidense e iraní durante los últimos dos años.

En su segundo periodo, el gobierno de Barack Obama se ha mostrado dispuesto a “descongelar” las relaciones con países integrantes de lo que la administración anterior denominó el “Eje del Mal” (verbigracia, el llamativo caso de Cuba y el silencioso de Birmania). Tanto la presión por dejar su “impronta” en los anales de la historia estadounidense, como la limitada eficacia de la “diplomacia coercitiva” sostenida en sanciones, y la necesidad de controlar el programa nuclear por razones de seguridad, son los principales objetivos perseguidos.

Por su parte, el presidente Hassan Rouhani ha demostrado —hasta ahora— ser más pragmático que su antecesor Mahmud Ahmadineyad. Su agenda se concentra en reestablecer la estabilidad económica, razón por la cual, urge el levantamiento de las sanciones que produjeron la caída de las exportaciones petroleras y la pérdida del 40% del valor del rial iraní. El objetivo de fondo sería el de proyectar al país regional y globalmente, para lo cual, se necesita un cambio de imagen que destaque a Irán como “socio confiable”; el acuerdo nuclear sería el primer paso para lograrlo.

Asimismo, los países europeos precisan suplir su demanda energética (gas) para afrontar las sanciones que impusieron a Rusia por la crisis en Ucrania, y reanudar el intercambio comercial y las inversiones en Irán. Mientras que Rusia y China —para quienes la investigación nuclear iraní no representa una amenaza— están interesados en reestablecer el flujo de intercambio y procurar el equilibrio de la influencia estadounidense en Oriente Medio.

#### **4. Cuestión de confianza**

En un contexto de tal complejidad, la desconfianza prima. El pasado los condena y el presente tampoco es prometedor. Mientras Rouhani enfrenta el reto de conciliar posiciones con el ayatolá Jamenei y la facción ultraconservadora, Obama encara la oposición encabezada por Israel, Turquía y las monarquías suníes (Irán apoya a Hamás y Hezbollá, al régimen de Bashar al-Assad, y a los Hutíes en Yémen), además de la disconformidad de los republicanos, quienes ya han advertido que el acuerdo correría el riesgo de no ser ratificado.

Las suspicacias sobre un potencial incumplimiento de lo que podría pactarse, tanto por parte de Irán como por los Estados Unidos y la troika europea, encuentran sustento en dos acontecimientos de la historia reciente. En el caso iraní, un claro ejemplo es lo que ocurrió con Corea del Norte. Este país suscribió la “Declaración de los Seis” en 2005 comprometiéndose a paralizar su programa nuclear, sin embargo este continuó hasta la producción de armas. De otro lado, el compromiso de Occidente se cuestiona por lo ocurrido al régimen de Muammar Gaddafi. A pesar del acuerdo de desarme al que el dictador libio había llegado con Estados Unidos y Reino Unido en 2003, ambos participaron en la coalición que lo derrocó.

Con este escenario poco prometedor, que las negociaciones finalicen con la firma del Plan Integral de Acción Conjunta (JCPOA por sus siglas en inglés), es una posibilidad aún teñida de escepticismo. De lograrse, este pacto temporal sería solamente otro atisbo de una posible solución a la profunda escisión que separa a Irán de las potencias occidentales desde la instauración de la república islámica en 1979. La palabra clave

que repetidamente se cita para asegurar que esta vez sí es posible llegar a un arreglo, cuyo cumplimiento se sostenga es “confianza”, aunque en su lugar la que impera es la “incertidumbre”.

Empero, las condiciones son más auspiciosas si el análisis parte de los intereses compartidos por los intervinientes como el combate al Estado Islámico, la estabilización del Medio Oriente y el reinicio de sus relaciones económicas. Todo esto podría contribuir a que Occidente confíe en Irán. Desde que se descubrió la reactivación de su programa nuclear, ha suscrito el Protocolo Adicional al Tratado de No Proliferación y permitido el ingreso de la OIEA inclusive al complejo militar de Parchin. Igualmente, Irán podría esperar que las potencias globales hayan aprendido de sus errores. En una región tan convulsionada, la estabilidad política del régimen islámico y el potencial de la economía iraní son dos recursos exiguos.

El desenlace de este incipiente encuentro está aún en configuración; no es tiempo de formular conclusiones prematuras.